

«Hay una buena parte de España que no ha sido visitada. Yo le enviaría a usted allí».
(El doctor Johnson a Boswell)

DEL mismo modo que nuestra última guerra civil despertó el interés por los problemas de España en casi todos los intelectuales de Europa y América, la guerra de la Independencia, o guerra peninsular, como la llaman los ingleses, creó una gran corriente de interés por las cosas de España entre los viajeros intelectuales ingleses de la primera mitad del pasado siglo XIX.

Durante la guerra de la Independencia, un ejército inglés de cerca de cincuenta mil hombres luchó, durante seis años, por toda la geografía española, al lado de las guerrillas nacionales. Muchos oficiales de ese cuerpo expedicionario llegaron a conocer bien España. Algunos, una vez acabada la guerra, volvieron para conocer más a fondo el país que tanta impresión les había producido. Fruto de estos viajes fueron una larga serie de libros que, aunque hoy resultan aburridos en su mayoría, sirvieron para despertar el interés de las jóvenes generaciones por un país que, hasta entonces, les era completamente ignorado.

Brenan nos cuenta que los estudiantes ingleses adinerados del siglo XVIII, una vez acabados sus estudios universitarios, solían hacer un viaje por Francia, Italia y Suiza, que se suponía el complemento ideal de su educación y que era conocido como el «Grand Tour». Ninguno de estos viajes incluía España en su itinerario, hasta que la guerra contra Napoleón puso de moda el «Spanish Tour».

También hubo otro factor que crearía entre los intelectuales y los jóvenes un gran interés por España: el romanticismo. «El contraste entre los páramos inmensos de Castilla y la vegetación de las zonas mediterráneas, las ruinas de castillos y palacios destruidos por la guerra y nunca restaurados, los restos de una civilización árabe en el Sur de la Península, la figura mítica del bandolero popular y generoso, la apatía e indolencia casi oriental de sus habitantes, que contrastaba tanto con su comportamiento en la guerra, hacían de España un país que encajaba mejor que

ningún otro de Europa en el ideal romántico (1)».

Es curioso, sin embargo, que los libros de ese período que hoy conservan un mayor vigor fueron escritos por dos personajes cuyos motivos para venir a España fueron completamente ajenos a la literatura, el folklore y la historia. Nos referimos a George Borrow y Richard Ford. De Borrow, agente de la Bible Socie-

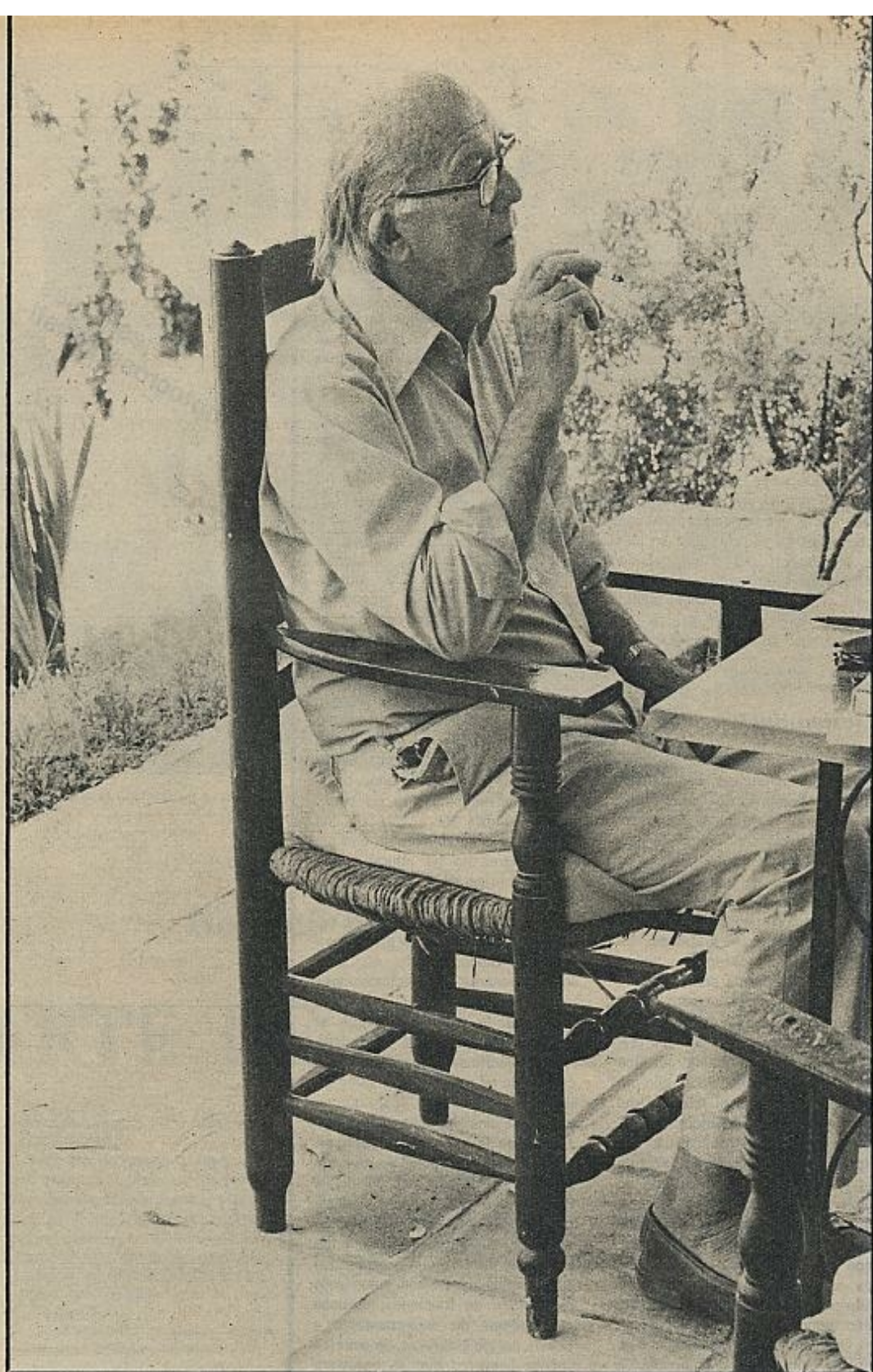
(1) Del prólogo de Gerald Brenan al libro de Richard Ford, «Las cosas de España», de inminente aparición en castellano.

Manuel Arroyo y José Esteban

ty, que vino a difundir «la verdadera Biblia», es conocida su obra «The Bible in Spain», traducida por Manuel Azaña y reeditada recientemente; menos conocida es «The Gypsies of Spain», del que no existe edición moderna. El libro de Ford, «A Handbook for Travellers in Spain and Readers at home», que conoció di-

versas ediciones en su época, ha sido reeditado en tres tomos por Centaur Press (Londres, 1966), y se le considera como uno de los mejores libros de viajes de la literatura inglesa. En España se editó, en 1923, «Las cosas de España», delicioso libro que será reeditado este otoño en Madrid.

Podemos considerar a R. Ford y a G. Borrow como los antecesores más directos de Brenan. Si Ford fue, en palabras del propio Brenan, el primer hispanófilo, él mismo puede ser considerado el último, al menos entre los ro-



CON GERALD BRENAN, AL SUR DE GRANADA

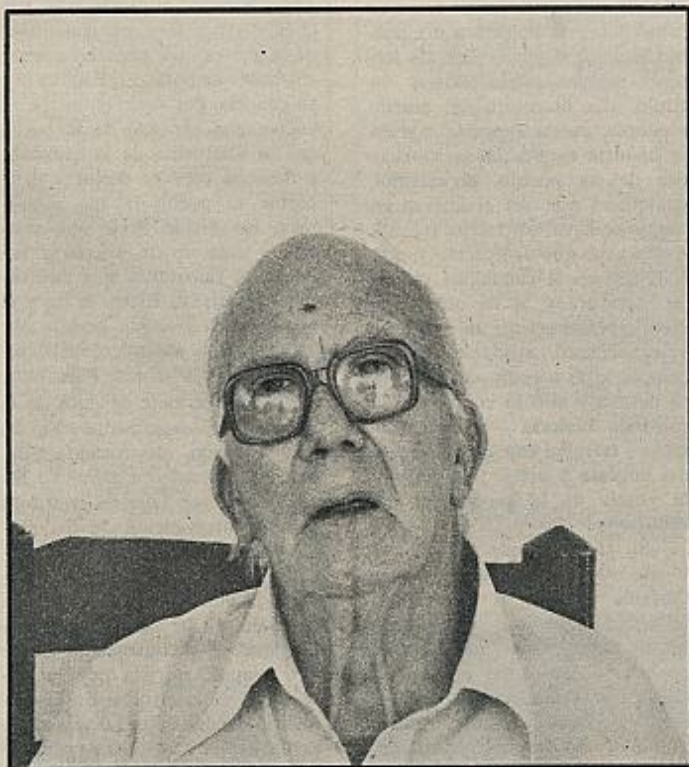
mánticos. Ambos vinieron a España por motivos estrictamente personales: Ford, porque era un clima adecuado para la frágil salud de su esposa; Brenan, porque era un lugar barato donde podría dedicarse, de acuerdo con su exiguo presupuesto, a la pasión de su vida: la literatura. Ambos conocieron y amaron una España que tal vez ya no existe, la analizaron sin prejuicios y la describieron en páginas que quedarán como maestras en su género.

Al Sur de Granada

Gerald Brenan nació en Malta hace ochenta años. Hijo de un militar de carrera inglés, estudió en una escuela para hijos de oficiales donde se hacía instrucción militar. Combatió en la primera guerra mundial y se licenció con el grado de capitán a los veinticinco años, después de haber pasado dos y medio en las trincheras. En la guerra perdió a todos sus amigos, excepto uno: Ralph Partridge, que sería su vínculo de unión con el grupo de Bloomsbury y a quien dedicaría «South from Granada».

Brenan vino a España porque «trataba de huir de la vida característica entre la clase media inglesa de los años veinte: la Inglaterra que conocí estaba petrificada por sentimientos de clase y convencionalismos rígidos». Quería respirar aires más puros y, con su modesto retiro, vivir el mayor tiempo posible dedicado exclusivamente a estudiar, ya que la guerra le había impedido asistir a la Universidad. «Cuando llegué a España era un ignorante. Yegen fue mi Universidad».

Yegen es una pequeña aldea de la Alpujara. Las casas grises, en forma cónica, descienden por la ladera de una colina, pegadas unas a otras, con sus techos de greda. Con una economía prácticamente autosuficiente, vive una vida equilibrada y apacible, que a Brenan le recuerda las comunidades primitivas de la Grecia clásica. Frente a Yegen, un paisaje de montañas que descienden hasta el mar; paisaje impresionante que dejaría profunda huella en todos sus amigos ingleses que le visitaron (Strachey, Carrington, Garnett, Virginia Woolf, etcétera). Brenan lo describe así en una carta a Dora Carrington en 1919: «A los pies de uno, en el llano, o más bien en la hoya de



«Claro que he seguido escribiendo sobre España. ¿De qué voy a escribir si no?».

Ugijar, hay una fila de colinas desérticas, redondas, erosionadas y moldeadas por el agua y el viento, cubiertas de pequeños arbustos o de almendros... A lo lejos, entre dos cadenas de montañas, a unas cuarenta millas, se ve el mar... Si supiese pintar, me pasaría el día pintando este paisaje». Carrington, uno de los personajes más apasionantes de este mundo literario inglés, lo pintaría más tarde, en 1924. El cuadro es una muestra sorprendente y bellísima de expresionismo «naïf».

Brenan, con los dos mil libros acumulados en su nuevo hogar, lee incansablemente, intentando recuperar el tiempo perdido. Pero no se puede vivir en una aldea española sin sentirse seducido por su vida. Poco a poco se sumerge en la comunidad, iniciándose así una aventura cultural que daría más adelante frutos como «El laberinto español», «La faz actual de España», «Al Sur de Granada», etcétera. El hechizo de España se había iniciado y ya no terminará nunca.

Alhaurín el Grande

A unos treinta kilómetros de Málaga, adentrándose hacia Churriana, por la carretera que conduce a Coin, llegamos a Alhaurín el Grande.

Situado en la ladera de un monte y frente a un amplio valle color verde oscuro, Alhaurín tiene en la actualidad unos quince mil habitantes. Está separado de la mar por una cadena de montañas de poca altitud. Hasta él no ha llegado el turismo masivo de la costa. Un poco alejadas del pueblo se ven pequeñas casas de campo, la mayoría habitadas por extranjeros que viven todo el año. El calor se hace sofocante a nuestra llegada —la hora de la siesta—.

Entramos en el primer bar, preguntando por la Cañada de las Palomas.

—Acaban de dejarla a la izquierda, según se entra en el pueblo.

—¿Sabe cuál es la casa de un inglés que vive allí desde hace tiempo?

—Será el del seiscientos; baja

por aquí algunas veces a tomar cerveza. Tiene la casa en la misma cañada, a la izquierda según suben.

La Cañada de las Palomas asciende hacia la sierra, verdeante de pinos, entre olivos y adelfas. En una casa a la izquierda, tal como nos dijeron, vemos el seiscientos. Luego nos diría que va a comprarse otro, «también modesto», para hacer un viaje largo por Castilla, «quizá mi último viaje», y ver el Prado, que considera «el mejor museo de Europa» y sobre el que ha escrito varias veces.

Inmediatamente sale a recibirnos, a preguntarnos si hemos tenido buen viaje, si nos ha sido fácil encontrar su casa. Brenan es un hombre alto, fuerte, con la voz muy ronca («perdonen esta voz; llevo cuarenta años bebiendo y fumando sin parar»), que camina erecto y con una agilidad sorprendente para su edad. Sus ojos azules, pequeños y brillantes tras unas gafas de gruesos cristales, son de una penetración que asusta.

La casa, de dos plantas, diseñada por el mismo Brenan, tiene un cierto aire de casa castellana. El interior, amueblado con sobriedad, está abarrotado de libros.

Amigo de casi todos los escritores ingleses de su generación, Brenan inició tardíamente su carrera. Su primera novela, que firmó con el seudónimo de George Beaton, tiene un ligero sabor español, «Jack Robinson, a picaresque novel». A Virginia Woolf, que seguía con atención los pasos de Brenan, seguramente para publicarle en su editorial, no le gustó. Le parecía demasiado irlandesa, es decir, barroca y complicada. «Yo creo que tenía mucho de Valle-Inclán» (2).

«El laberinto español»

La primera época de Brenan en España acaba pocos meses después de iniciarse la guerra civil.

—Yo era partidario de la República, aunque de una manera muy tibia. Siempre he sido enemigo de las revoluciones violentas, como la que había tenido lugar en Asturias. Tengan en cuenta que soy un viejo liberal inglés,

(2) Curiosamente, Juan Ramón Jiménez habló de que Valle-Inclán era un escritor celta irlandés, y lo comparaba a Yeats y a Synge.

GERALD BRENAN

conservador, enemigo de toda violencia. Pero el levantamiento militar y sobre todo mi experiencia en aquellos primeros meses de la guerra en Málaga, me inclinaron totalmente a la causa republicana. Cuando regresé a Inglaterra me puse en contacto con los movimientos pro-republicanos, di conferencias sobre España y recaudé fondos de ayuda. Para mí había sido un «shock» terrible y pasé años obsesionado con la guerra civil. Fue precisamente entonces, intentando comprender sus causas, cuando me encerré en la Biblioteca del Museo Británico y empecé a investigar y a escribir lo que años más tarde sería «El laberinto español». Yo no sabía entonces mucho de la Historia de España. En realidad, fue Franz Borkenau el autor de ese magnífico libro que es «El refidero español», el que me animó a hacerlo. «Usted conoce bien España —me dijo—. ¿Por qué no escribe un libro que arroje luz sobre tan extraño país? El Museo Británico es un sitio ideal para trabajar. Marx escribió allí "El capital"».

Hoy, «El laberinto...» se ha convertido en un clásico imprescindible para quien quiera comprender la reciente Historia de España. Apareció en 1950 y ha sido traducido al italiano, holandés, japonés y francés.

—Si tuviera que volver a escribirlo, lo haría tal y como entonces lo hice. Quizá no sería tan duro con el general Primo de Rivera y modificaría sustancialmente algunas partes del capítulo «Los liberales y la Iglesia». Para un extranjero es muy difícil comprender y explicarse una Iglesia como la española. El resto lo mantendría tal y como está... Aunque todo se lo digo de memoria. No he vuelto a leer el libro desde que lo escribí. Nunca vuelvo a leer mis libros una vez publicados.

«En los años cuarenta hablé mucho sobre España en la BBC de Londres. Mi voz era entonces muy distinta, no tenía esta ronquera. Un periodista español dijo que tenía voz de cura protestante... De este modo me ganaba la vida, aunque la BBC pagaba muy poco. No solamente hablaba de cosas políticas, también trazaba cuadros costumbristas, descripción de ciudades, etcétera. Ha sido una de las pocas veces en que he conseguido ganar dinero fuera de las letras. Para otros escritores es muy fácil compaginar la literatura con otras profesiones, son médicos, abogados. Si yo hubiese tenido que conseguir

dinero de otra forma, habría trabajado de obrero.

«Durante los años de la segunda guerra mundial estuve en Londres, formando parte de un cuerpo especial contra los bombardeos. Fue entonces cuando comencé a escribir mi libro sobre la literatura española. En realidad, no tiene otra pretensión que la de poner la literatura del pueblo español al alcance de los lectores ingleses y americanos. Su título, «La literatura del pueblo español», quería expresar que esta historia escribe las producciones de un pueblo, el español, cualquiera que sea el idioma en el que se haya expresado. De este modo tuve que acercarme y profundizar en el caudaloso río de su literatura y, si no otra cosa, creo haber aportado un punto de vista original, ayudando a mis compatriotas a comprender cuanto deleite y aliento contiene.

—Esta historia —le preguntamos—, termina con la generación del noventa y ocho. ¿No conocía la poesía de la generación del veintitise?

—Sí, sí, claro que la conocía, y me seducen particularmente Cernuda y Lorca. A este último le conocí meses antes de su muerte, en Granada, en una reunión de amigos. Le invité a que me visitara a Yegen, cosa que prometió pero que no pudo cumplir. También me interesa Machado.

—¿Cuándo comenzaron sus deseos de volver de nuevo a España?

—En seguida. Tanto mi mujer como yo deseábamos volver inmediatamente y ver lo que había sido de nuestra casa de Churriana y de nuestros amigos. Y volvimos, claro. Fruto de este viaje fue el libro «La faz actual de España», que apareció en Londres en mil novecientos cincuenta. Trece años de ausencia eran muchos, muchos años, y la convulsión de la guerra civil pensaba que podía haber cambiado la España que yo conocía. Por aquel entonces me encontraba cansado de la política, no solamente de la española, y deseaba conocer mejor y dedicarme al pueblo y sus problemas. No olvide decir que para mí, la vida de un pueblo y sus hombres valen más que sus sistemas políticos. Estos, al fin y al cabo, vienen y se van, pero lo verdaderamente auténtico de España no cambia nunca. Pues bien, aquel primer viaje después de la guerra fue deprimente. Vi un país cansado, destrozado, hambriento y desesperanzado. Yo había hablado en Londres contra la posible intervención de los aliados contra el Régimen de Franco. Mi tesis entonces era que volvería la violencia, algo contra lo que siempre he estado. Y el pueblo, que se encontraba al borde del colapso, sufriría nuevas privaciones y catástrofes. En el prólogo a «La faz actual de España» pedía ayuda monetaria para España y que se hicieran al mismo tiempo presiones para que cesara la represión y se fuese poco a

poco convirtiendo en un Régimen democrático. Para mí era la única fórmula para ayudarla a salir del marasmo en que se encontraba metida. Sin embargo, algunas de estas ideas no gustaron a mis compatriotas. En fin, yo me hice a la idea de no volver a España hasta que el hambre hubiera pasado. Recuerdo que una vez entré en una pastelería en Córdoba —yo he sido siempre muy goloso, como casi todos los ingleses—, bueno, al salir me encontré rodeado de una muchedumbre de niños hambrientos que me pedían algo que comer. Es una anécdota que no tiene demasiada importancia, pero a mí se me hacía imposible vivir en un país así.

—¿Fue en este viaje cuando consiguió descubrir la tumba de Lorca?

—Sí, la cosa empezó en El Albaicín. Allí tuve la idea de visitar, siempre que me fuera posible, la tumba de García Lorca y dejar sobre ella una corona de flores. Después de grandes dificultades, de silencios, conseguí llegar a Vízcar y depositar una sencilla flor azul sobre el barranco. Miré el último paisaje que pudo contemplar el gran poeta y volví a Granada con la seguridad de haber encontrado la sepultura. Estudios posteriores me han confirmado en ello.

—¿Cuándo se produce su vuelta definitiva a España?

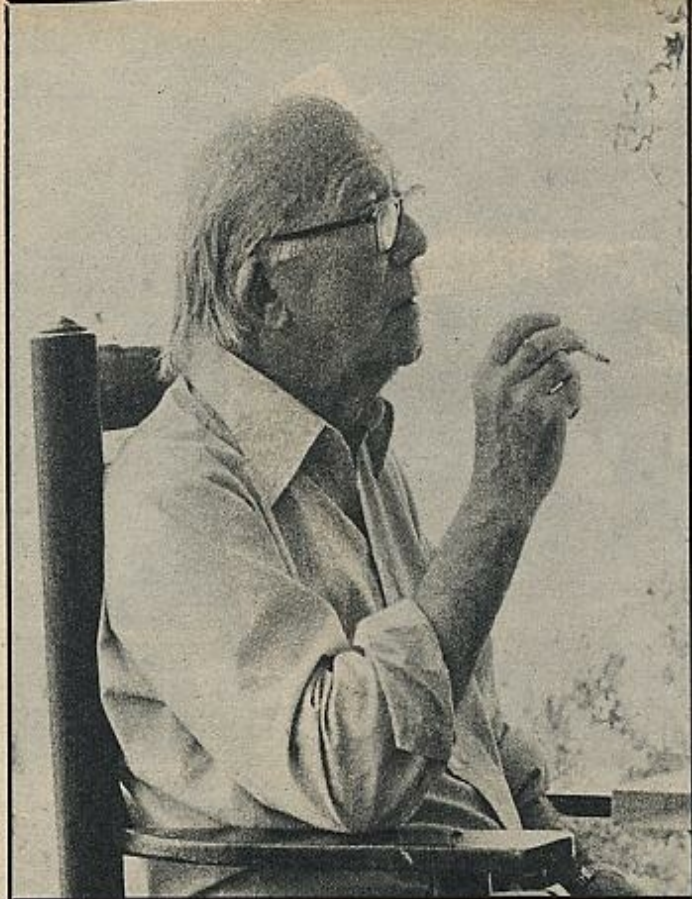
—Unos años después. La publicación de «El laberinto español» y «La faz actual de España» me habían puesto en una situación difícil con las autoridades españolas. Tuve problemas para volver a entrar. Gracias a Miguel Primo de Rivera, por aquellos años embajador en Londres, que me arregló los papeles, como suele decirse. Me dijo: «Yo no he leído su libro, pero sé que habla bien de mi padre y de mi hermano». Con su ayuda, pues, volvimos a España, vendimos nuestra casa en Churriana y construimos esta que ustedes ven. La anterior, muy grande, de más de treinta habitaciones, suponía unos gastos que ya no podíamos soportar.

San Juan de la Cruz y otras cosas españolas

El cuarto de trabajo de Brenan se encuentra situado en la parte alta de la casa, con las paredes cubiertas de libros y adornadas con una especie de exvotos típicos de algunos pueblos andaluces que compró hace ya muchos años «a dos o tres pesetas cada uno». La mesa de madera,

Bibliografía de Gerald Brenan

1. "Jack Robinson, a picaresque novel", by George Beaton. London, Chatto and Windus, 1933.
2. "Doctor Partridge's Almanack for 1935, with an account of his Resurrection from the grave after lying dead in it for two centuries", by G. Robinson. London, Chatto and Windus, 1934.
3. "Spanish Labyrinth an account of the social and political background of the civil war". London, Cambridge University Press, 1950. (Hay traducción española: "El laberinto español". Paris, Ediciones Ruedo Ibérico, 1960.)
4. "The literature of the Spanish People from Roman times to the Present Day". London, Cambridge University Press, 1953. (Hay traducción española: "Historia de la literatura española". Buenos Aires, Losada, 1958.)
5. "The face of Spain". London, Turnstile Press, 1950. (Hay traducción española: "La faz actual de España". Buenos Aires, Losada, 1952.)
6. "A holiday by the sea". London, Hamish Hamilton, 1961.
7. "A life One's own. Childhood and Youth". London, Hamish Hamilton, 1962.
8. "South from Granada". London, Hamish Hamilton, 1963. (Hay traducción castellana: "Al Sur de Granada". Madrid, Siglo XXI, 1974.)
9. "The lighthouse always says yes". London, Hamish Hamilton, 1966.
10. "Saint John of the Cross, his life and poetry: With a translation of the poetry by Lynda Nicholson". London, Cambridge University Press, 1973.



«Yo no sabía entonces mucho de la historia española, empecé a investigar...». Hoy, «El laberinto» se ha convertido en un clásico imprescindible para quien quiera comprender la reciente historia de España.

grande y cómoda, está colocada frente al balcón, orientado a Mediodía y abierto al amplio valle, con Alhaurín en primer término. Al fondo, la Serranía de Ronda.

Está atardeciendo cuando salimos al porche rodeado de olivos. Brenan, que fuma incansablemente, nos llena el vaso de vino blanco.

—Usted tuvo correspondencia con muchos escritores de su generación, con Virginia Woolf, por ejemplo...

—Sí, sí, la tuve, y parte de esa correspondencia está ya publicada. La Woolf y yo nos escribimos con cierta frecuencia, sobre todo después de su viaje a Yegen. Pero no conservo nada. Todos esos documentos me los ha comprado una Universidad americana. De este modo nos hemos ayudado a vivir muchos escritores ingleses, de vender cartas y recuerdos. También he tenido que vender parte de mis libros.

Nos sorprende que Brenan admire tanto a los escritores rusos, Gorki, Chejov, etcétera, y en cambio no tenga tan gran opinión de algunos de sus compatriotas. Le hablamos de Conrad, de Strachey, de Joyce, de Foster, a quien conoció bien, pero del que sólo admira «Viaje a la India».

—¿Cuáles han sido sus contactos con los escritores españoles?

—Muy escasos. Yo siempre he

vivido retirado. Conocí, como les he dicho, a Lorca, y a muy pocos más. Araquistain leyó parte de mi «Laberinto...» todavía inédito. Por cierto, ¿qué ha sido de él?

—Murió hace ya tiempo.

—Lo suponía. Era el hombre que más sabía de marxismo, al menos de los que yo he conocido.

—¿Qué escritores han venido a visitarle a Alhaurín?

—Pocos, muy pocos. Conozco al poeta Alfonso Canales, que siempre me envía sus libros, y guardo un grato recuerdo de Juan Goytisolo. Vino a verme cuando hizo sus viajes por Almería, y coincidimos mucho en nuestra admiración por esa tierra (3). Recibí también, hace años, la visita de Hemingway, y tuve alquilada la casa de Churriana a Bertrand Russel, que quería pasar una temporada de descanso en España. Hemingway era extremadamente simpático. Nunca

(3) Juan Goytisolo, en el prólogo de «Obra inglesa de Blanco White», dice: «Con Borrow (como un siglo después con Brenan), el problema no es el mismo. Para él, resultaba difícil resistir, viniendo de otro medio (y en particular de una sociedad en plena revolución industrial), a ese atractivo misterioso que ejercen sobre el viajero las sociedades económicamente subdesarrolladas. Los españoles no podían captar las «virtudes» humanas del mundo preindustrial en que vivían porque precisamente soñaban con escapar de él y caminaban, por así decirlo, con antojeras.»

quería hablar de literatura, lo que le gustaba realmente eran las fiestas de hombres solos, como San Fermín. Yo, particularmente, he preferido siempre (aquí advertimos una sonrisa) las fiestas con mujeres, las fiestas con cante y baile. Por otra parte, a mí nunca me han gustado los toros. El cante, sí, aunque hoy lo tengo un poco olvidado. Me gusta Menese... Russel era de una inteligencia extraordinaria; es, quizá, el hombre más inteligente que he conocido. En aquellos años estaba obsesionado por ciertas fórmulas matemáticas que yo nunca logré comprender. Hablamos mucho durante su estancia en Churriana. De su país le gustaba mucho su clima, pero no se preocupó demasiado de otra cosa que no fuera descansar.

—¿Ha seguido escribiendo usted sobre España?

—Sí, claro que he seguido escribiendo sobre España. ¿De qué voy a escribir si no? En el «New York Review o Books» he criticado muchos libros políticos que han salido sobre España; también he escrito varios artículos sobre San Juan de la Cruz, que luego dieron origen a mi libro. He escrito sobre los libros de Richard Ford y en especial varios artículos sobre el Museo del Prado... Por otra parte, en este otoño se publicarán mis memorias en Londres, la segunda y tercera partes. Yo no había pensado publicarlas hasta después de mi muerte, pero me pagaron tan bien, que accedí a que aparecieran ahora. Hay unas ciento veinte páginas dedicadas a España que pueden tener interés para ustedes. Sobre todo en las que recuerdo mis conversaciones con anarquistas, comunistas y falangistas en los primeros meses de la guerra, casi todas ellas en Puertollano. Yo quisiera que se publicasen en España estas páginas, pero no el resto del libro... También y con referencia a España intenté escribir una novela larga, al estilo de los «Episodios», de Galdós. Yo siempre he sentido una profunda admiración por Galdós, que me parece superior al gran Balzac. Sucedió después de escribir «El laberinto...». En realidad, se trataba de novelar mis páginas históricas. Trabajé en ello durante tres años y llegué a tener escritas cien mil palabras. Pero me di cuenta que era una copia clara de las novelas de Galdós y de que no conocía la vida española tal y como presumía o me habían dicho los críticos. Decidí romperla; sí, sí, la quemé. Era mucho lo que ignoraba de la

vida en Castilla para hacer una novela así...

«Ahora estoy trabajando en un libro de aforismos al estilo de Valéry, La Rochefoucauld, etcétera. Libros así no son conocidos en Inglaterra. El libro tendrá unas ciento cincuenta páginas y estará dividido en secciones: la vida, el amor, la Historia, la política, etcétera. Para mí es muy divertido hacerlo. Algunos de estos pensamientos sólo tienen tres líneas... También me gustaría, si vivo lo bastante, publicar un libro de coplas españolas traducidas al inglés, con un largo prólogo, para dar una idea de lo que es la poesía popular española. Creo que he leído casi todos los libros que se han publicado sobre coplas. Me gustaría demostrar que el romance es típico de todo el mundo. Yo mismo he recogido muchas coplas, pero la mayoría están ya publicadas. Hay mucho material donde escoger.

Mientras, la noche se ha echado sobre el valle. Linda Nicholson, la poetisa que acaba de publicar una excelente versión de San Juan de la Cruz, se ha sentado con nosotros. Es la hora de la despedida. Brenan nos cuenta que va a publicar un libro de poemas. «Estos últimos años he vuelto a escribir poesía. No había pensado publicarlo, pero recientemente unos amigos están muy empeñados. Yo siempre he querido ser poeta. Para mí, tres buenos poemas valen más que todos mis libros».

«Y bien, yo quiero que sean francos conmigo, es decir, que cuenten todo lo que yo les parezco. No va a molestarme nada de lo que digan.

Antes se había hablado, cómo no, de España, de su problemática actual, de su futuro. Sus actuales puntos de vista no habían dejado de sorprendernos.

—Bien, ya que no le molesta, le diremos que le encontramos algo más conservador que en las páginas de «El laberinto...».

—Bueno, sí, es muy posible. Tengan en cuenta que yo siempre he sido un liberal inglés conservador, aunque demócrata hasta la médula. Además, hoy, ya soy muy viejo. Lo que sí he sido siempre es antifascista. Esto sí quiero que lo digan.

Y ante nuestra última requisitoria de si tiene otros proyectos, contesta tristemente:

—Muy pocos hombres han escrito libros a partir de los ochenta años. Yo solamente sé de uno, Sófocles. ■ M. A. y J. E. Fotos: MANUEL ARROYO.